

MEDELLÍN-APARECIDA

PRE-TEXTOS, CON-TEXTOS Y TEXTOS

*Agenor Brighenti **

Medellín es mucho más que un documento. Es un espíritu, un punto de partida, que continúa haciendo camino, desde hace cuarenta años, conforme atestigua Aparecida. Su fuerza y actualidad residen en la osadía de haber buscado hacer una “recepción creativa” del Vaticano II en América Latina y el Caribe. Nuestros obispos poco contribuyeron con el Concilio, no obstante salieron imbuidos de su espíritu y fueron los primeros en darle un rostro propio en sus Iglesias Locales. Lo que el Concilio representa para la Iglesia en el mundo, Medellín lo representa para la Iglesia en nuestro subcontinente, pues se propuso hacer aterrizar sus intuiciones y ejes fundamentales en nuestro contexto particular y empobrecido.

La aventura, ya de cuatro décadas, atravesada por riesgos y conflictos internos y externos a la esfera eclesial, resultó en la “tradición latinoamericana y caribeña” rescatada y reafirmada por Aparecida. Por eso, Aparecida es una grata sorpresa. En medio de un tiempo de involución eclesial y de atrinchamiento identitario, de retorno del Misal de Trento y de reafirmación de la *Dominus Iesus*, la Quinta Conferencia no solo impidió un retroceso, sino que a la luz de Medellín, de cara a los nuevos desafíos, pasó la página hacia delante.

Medellín impulsó una Iglesia profética y transformadora que engendró las comunidades eclesiales de base (CEB), la pastoral social, la teología de la liberación (TL) y los millares de mártires de las causas sociales, “nuestros santos todavía no canonizados”. Puebla,

con la postura disciplinante del nuevo pontificado de entonces, fue un freno a Medellín, y Santo Domingo, su estancamiento. Fueron años de exilio para la tradición latinoamericana y caribeña, de desautorización y hasta persecución de sus protagonistas, de brasas bajo las cenizas. Se hizo apología de una nueva primavera eclesial por la superación de un supuesto modelo de Iglesia que, comprometiéndose con lo social, había descuidado lo espiritual.

Sin embargo, transcurridas dos décadas se constató que el proyecto de “nueva evangelización” no era nuevo ni evangelizador, pues fue justamente en estos medios, confinados en una espiritualidad restringida a la esfera de una subjetividad mercantilista, que los movimientos religiosos fundamentalistas y pentecostales más avanzaron y donde hubo el mayor éxodo de católicos. Aparecida supo hacer una autocrítica de este período y, de manera prospectiva, sin perder de vista el Concilio Vaticano II, reafirmó Medellín, rescató la tradición latinoamericana y caribeña y procuró dar nuevas respuestas a las nuevas preguntas de un momento histórico de profundas transformaciones.

1. Medellín-Aparecida: el pre-texto de los textos

Comencemos explicitando los puntos de convergencia entre Medellín y Aparecida, trayendo a la superficie los pre-textos de los dos textos. Por pre-texto se entiende la coyuntura social y eclesial en la cual se dio cada una de las conferencias y su influencia en el

* Profesor de teología en Brasil y en la Universidad Pontificia de México. Perito de la Conferencia de Obispos de Brasil en la Conferencia de Aparecida.

espíritu y en los ejes fundamentales de los textos. Es lo que precede un texto y pasa a ser parte integrante de él. Una comprensión adecuada de cualquier texto empieza por situarlo en su medio, dado que todo saber es contextualizado y regional.

1.1. El pre-texto de Medellín

La Iglesia no simplemente está dentro del mundo. El Vaticano II nos ayudó a entender que el mundo es constitutivo de la Iglesia y que, por tanto, esta se auto-comprende y está constituida en relación intrínseca con el mundo. De hecho, ni Medellín ni Aparecida habrían sido posibles, ni se podría entender estos eventos, sin conocer sus contextos históricos concretos.

1.1.1. El ambiente social

El papa Juan XXIII, al convocar el Concilio Vaticano II, había convocado a la Iglesia a ser “una Iglesia de los pobres, para ser la Iglesia de todos”¹. Con todo, a pesar de haber creado un grupo de trabajo dentro del Concilio, la cuestión tuvo poco eco en el rico hemisferio Norte y no entró directamente en las conclusiones del Vaticano II. Distinto fue lo acontecido con Medellín², que se apoyó en el contexto de la “irrupción de los pobres” y del “Tercer Mundo”, fruto de la crisis del desarrollismo (1955-60).

De acuerdo con esta postura, los países latinoamericanos y caribeños son pobres por una cuestión de atraso, en el tiempo (países jóvenes) y en la industrialización, que los deja en la periferia del sistema³. Se trata de integrarse al centro, abriéndose al capital externo. Pero la “teoría de la dependencia”, gestada en la CEPAL (Comisión Económica para América Latina, de la UNESCO), con sede en Chile, desenmascara el neocolonialismo⁴. En lugar de la integración a un

¹ Cf. M.-D. Chenu, “La Iglesia de los pobres en el Vaticano II”, en: *Concilium* No. 124 (1977), págs. 73-79.

² Cf. J. Sobrino, “El Vaticano II y la Iglesia latinoamericana”, en: C. Floristán y J. J. Tamayo (eds.), *El Vaticano II, veinte años después*. Madrid, Cristiandad, págs. 105-134; ver, también, G. Gutiérrez, “La recepción del Vaticano II en América Latina”, en: G. Alberigo y J. P. Jossua (eds.), *La recepción del Vaticano II*. Madrid, Cristiandad, 1987, págs. 213-237.

³ Cf. G. Arroyo, “Pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo y la dependencia externa”, en: Instituto Fe y Secularidad, *Fe cristiana y transformación social en América Latina*. Encuentro de El Escorial, 1972.

⁴ Cf. F. H. Cardoso, “Teoría da dependência ou análises concretas de situações de dependência”, en: *Estudos* (CEBRAP, São Paulo) No. 1 (1979). Sobre la cuestión de la dependencia causaron gran impacto los estudios de la CEPAL y las publicaciones de sociólogos como Celso Furtado, Teotônio dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, E. Faletto, etc. A este respecto, ver también F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México D.

centro colonialista, es necesario asumir una posición de independencia y liberación.

La gigantesca movilización social en pro de una independencia y liberación de los países latinoamericanos y caribeños de un sistema de explotación, es entonces reprimida por dictaduras militares⁵, respaldadas en la “ideología de seguridad nacional”, en nombre de la “civilización occidental cristiana”⁶. Independencia y liberación son vistas como puertas abiertas al marxismo. En nuestro subcontinente, el sistema liberal capitalista, superando el desarrollismo y la “Alianza para el Progreso”, entra en una nueva fase, la de una globalización de la economía a través de la expansión de empresas transnacionales, según las directrices de la “Comisión Trilateral” (Alemania, los EE. UU. y Japón).

1.1.2. El ambiente eclesial

Entra en escena una nueva sensibilidad eclesial con el papa Juan XXIII, expresada sobre todo en sus dos encíclicas sociales —*Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963)—. Ellas ponen al descubierto la desigualdad entre el hemisferio Norte y el hemisferio Sur, no como una fatalidad histórica, sino fruto de una injusticia estructural que requiere ser urgentemente reparada, so pena de que los conflictos mundiales se agudicen. A continuación vino el Concilio Vaticano II, superando el eclesiocentrismo y poniendo a la Iglesia en espíritu de “diálogo y servicio” al mundo, con vistas a un “desarrollo solidario”. Poco después, Pablo VI publica una nueva encíclica social, la *Populorum progressio*, la cual, retomando el tema de la Iglesia de los Pobres, recoge el diagnóstico del Tercer Mundo y califica el “subdesarrollo de los países subdesarrollados como el subproducto del desarrollo de los países desarrollados”⁷.

Fue en este contexto que, en Medellín, resonó el grito del sufrimiento de los pobres que delataba el

F., Siglo XXI, 1969, y Franz Hinkelammert, *El subdesarrollo de América Latina: un caso de desarrollo capitalista*. Buenos Aires, Paidós, 1970; Id., *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.

⁵ Cf. L. A. Gomez de Souza, *A JUC: os estudantes e a política*. Petrópolis, Vozes, 1984. Ver, también, L. E. Wanderley, *Educar para transformar: educação popular, Igreja Católica e política no Movimento de Educação de Base*. Petrópolis, Vozes, 1984.

⁶ Cf. J. Comblin, *A ideologia de segurança nacional. O poder militar na América Latina*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1978.

⁷ Cf. E. Dussel, *De Medellín a Puebla. Uma década de sangue e esperança I. De Medellín a Sucre, 1968-1972*, São Paulo 1981, págs. 70-78 (original castellano: *De Medellín a Puebla, una década de sangre y esperanza*. México D. F., Ed. Edicol, 1979). Hablando de la *Populorum progressio*, G. Gutiérrez afirma que ella constituye el puente entre el Vaticano II y Medellín, cf. G. Gutiérrez, “La recepción del Vaticano II en América Latina”, en: G. Alberigo y J. P. Jossua (eds.), *La recepción del Vaticano II*, op. cit., pág. 228.

cinismo de los satisfechos. Existe una situación de injusticia institucionalizada que conmina a los cristianos a un compromiso social, dirigido a la liberación de los oprimidos de un sistema que esclaviza y mata. Este grito sería escuchado y defendido hasta el martirio.

1.2. El pre-texto de Aparecida

Cuarenta años después, América Latina y el Caribe son otros en muchos aspectos, aunque los mismos, si no peor, en su situación de pobreza y exclusión. La Iglesia resiste a una onda de involución eclesial.

1.2.1. El ambiente social

A ejemplo de Medellín, también Aparecida se inserta en un contexto de “irrupción”, pero ahora de “gobiernos populares” y de una “sociedad civil mundial”, fruto de la crisis del neoliberalismo. Fueron más de dos décadas de un modelo económico capitalista, según el manual del Fondo Monetario Internacional, que literalmente fracasó, pues no fue factor de desarrollo y mucho menos de distribución de la renta. La búsqueda de “otro mundo posible” (Foro Social Mundial) alimenta la utopía de una sociedad solidaria, que pasa por iniciativas como presupuesto participativo, economía solidaria y la agroecología. El desgaste de la democracia representativa suscitó el surgimiento de organizaciones no gubernamentales y de organizaciones populares sin vinculación partidaria, las cuales, actuando en red, sustentan la esperanza de los pobres en un mundo donde quepan todos.

El sistema liberal capitalista, bajo la hegemonía del sistema financiero, entra en la fase de una globalización del mercado que agudiza el agotamiento de los recursos naturales y provoca el calentamiento global. El sistema está nuevamente en crisis, aunque ni ella ni él sean el “fin de la historia”. En contrapartida, emerge una conciencia planetaria en favor de una sociedad solidaria ⁸.

1.2.2. El ambiente eclesial

En el contexto de Medellín se agotaba el modelo de cristiandad, superado por la postura del Vaticano II. En el contexto de Aparecida hay el agotamiento del

⁸ Cf. P. Ribeiro de Oliveira, “A Igreja que se encontrou em Aparecida”, en: *REB* 268, págs. 801-815, aquí, págs. 801-805; J. O. Beozzo, “Aparecida à luz das Conferências do Rio, Medellín, Puebla e Santo Domingo”, en: AA. VV., *V Conferência de Aparecida. Renascer de uma esperança*. São Paulo, Amerindia-Paulinas, 2007, págs. 34-38 (edición castellana: *Aparecida. Renacer de una esperanza*. San José, Amerindia-DEI, 2007).

proyecto de la “nueva evangelización”, mostrando los límites de los nuevos movimientos eclesiales y el debilitamiento de la Iglesia en Europa, la promotora de este modelo. Se vuelve a apostar, en algunos lugares ya muy tarde, a una Iglesia comunidad-de-comunidades. En gran medida, los movimientos eclesiales ocuparon el vacío de la crisis de la racionalidad moderna, refugiándose en posturas próximas al emocionalismo o al fundamentalismo. Como la crisis de la modernidad no se está confirmando como “posmodernidad”, ni apunta hacia el “pensamiento débil” o la “razón emocional” como las únicas formas de razón alternativa a la “razón técnica-instrumental”, en el campo eclesial se vuelve al Vaticano II, aunque en óptica prospectiva.

Surgen iniciativas de rescate del Concilio y de la tradición latinoamericana y caribeña, tal como lo hizo Aparecida, que rescató la ciudadanía eclesial de la opción por los pobres, de las CEB, del método ver-juzgar-actuar ⁹ y de los mártires de las causas sociales. La Quinta Conferencia denunciará la falta de coraje para llevar adelante la renovación conciliar. No obstante persisten, todavía con cierto aire de triunfalismo, posturas que se alinean a respuestas de cristiandad en un mundo que incita, cada vez más, el proceso de la modernidad. El proceso de involución eclesial alcanza su nivel más crítico con la vuelta del Misal de Trento y la reafirmación de la *Dominus Iesus*, sumadas a la notificación al teólogo de la liberación Jon Sobrino.

2. Medellín-Aparecida: el con-texto de los textos

En la explicitación de los puntos de convergencia entre Medellín y Aparecida, más allá de tener en cuenta el pre-texto de ambas conferencias, es importante tener presente también el “con-texto” de los textos. Con el texto están sus autores y los diferentes actores que influyeron, directa o indirectamente, las conclusiones plasmadas en los textos.

2.1. El con-texto de Medellín

Con la Primera Conferencia de los Obispos de América Latina y el Caribe, realizada en Río de Ja-

⁹ Cf. J. Marins, “O ir e vir do método ver-julgar-agir. A metodologia do ver-julgar-agir: um ícone da teologia e da pastoral latino-americana e caribenha”, en: AA. VV., *V Conferência de Aparecida. Renascer de uma esperança*, op. cit., págs. 49-53. Ver, también, G. Gutiérrez, “Aparecida: a opção preferencial pelo pobre”, en: AA. VV., *V Conferência de Aparecida. Renascer de uma esperança*, op. cit., págs. 126s.

neiro en 1955, y con la creación del CELAM (Consejo Episcopal de América Latina), se inicia un proceso de integración de la Iglesia en el continente¹⁰. Entre 1956 y 1959 son creadas la mayoría de las conferencias episcopales nacionales. La CLAR (Confederación Latinoamericana de Religiosos/as) es fundada en 1958. Juan XXIII, desde el comienzo de su pontificado, insistía en la necesidad de una acción eclesial de conjunto en América Latina y el Caribe, que desembocase en un plan de acción. Con todo, las disparidades entre los obispos impedían su concretización.

El Concilio, entre otros, contribuyó a la unificación del episcopado, tanto que, al final del mismo, el CELAM pidió al Papa la convocación de una Segunda Conferencia para poner en práctica el Vaticano II en el subcontinente. Don Manuel Larraín y don Hélder Câmara, los mentores de la *Populorum progressio* (1967), cumplieron un papel preponderante en su convocación y preparación.

Medellín tuvo un excelente proceso de preparación¹¹, con diversos encuentros: en 1966, en Baños (Ecuador), se reflexionó sobre la pastoral de conjunto, ecuación, acción social y laicos; en el mismo año, en Mar del Plata (Argentina), se estudió la aplicación de la *Populorum progressio* en América Latina y el Caribe y, en Lima, el importante tema de la educación; en 1967, en Buga (Colombia), se abordó la cuestión de la universidad católica y la pastoral universitaria; en 1968, en Melgar (Colombia), se examinaron los nuevos desafíos en torno a la misión *ad gentes*, concretamente en relación a los pueblos indígenas y afroamericanos. Ejerció gran influencia en la preparación de Medellín Don Eduardo Pironio, Secretario General del CELAM.

En la Conferencia de Medellín se adoptó para el trabajo, en cada uno de los 16 documentos (el mismo número de documentos del Vaticano II), el método ver-juzgar-actuar, adoptado por el Concilio¹² en la *Gaudium et spes*. Se adoptó asimismo la perspectiva liberadora, que rompía con la postura desarrollista reinante, colocándose las bases de la futura TL.

La Asamblea de Medellín la conformaron 249 personas: 145 obispos, 70 presbíteros, 10 religiosos, 19 laicos y 9 observadores. A diferencia de la Conferencia de Río, hubo participación de no-obispos y el documento fue publicado inmediatamente después de la Asamblea, sin pasar por Roma¹³.

2.2. El con-texto de Aparecida

Al contrario de Medellín, Aparecida tuvo un proceso de preparación oficial en una perspectiva preconiliar que se tornó irrelevante para la Asamblea¹⁴.

En efecto, en comparación con el espíritu de la Asamblea y del Documento Final, la preparación oficial de la Quinta Conferencia asumió una dirección contraria y terminó siendo irrelevante para sus participantes. El *Documento de Participación* adoptó una postura en gran medida preconiliar, eclipsando el Reino de Dios en la eclesiología, silenciando las voces proféticas de nuestros mártires de las causas sociales, ignorando a las CEB, relegando al basurero de la historia el método ver-juzgar-actuar, desconociendo la rica contribución de la teología latinoamericana, y caribeña y profesando un docetismo cristológico que descontextualiza el evento histórico de Jesucristo. El texto encontró fuerte reacción de las Iglesias Locales en general, como atestiguan las contribuciones de la Iglesia en Brasil. En la práctica, el documento de preparación no fue recibido¹⁵.

Por su parte, el texto de la *Síntesis de las Contribuciones Recibidas* tampoco reflejó el resultado del proceso de participación de las Iglesias Locales, recogido por las conferencias episcopales nacionales y enviado al CELAM. En la misma perspectiva estuvieron los innumerables textos publicados por la Secretaría General del CELAM en la "Colección Quinta Conferencia", en una presentación gráfica moderna, pero de rancio contenido premoderno. Todo hacía creer que esta sería la tónica de la Asamblea y del Documento Final. No obstante, para sorpresa de los organizadores y de los propios participantes, el resultado sería otro¹⁶.

Estuvieron presentes en Aparecida 266 participantes de la Asamblea, en las categorías de miembros, invitados, observadores y peritos. Solo los miembros—los cardenales (entre ellos, 12 latinoamericanos y caribeños), arzobispos y obispos—tuvieron derecho a voz y voto, en un total de 162 votantes; los demás, solo tuvieron voz. De los 162 votantes, únicamente 93 fueron obispos electos en sus respectivas conferencias episcopales y, como tales, eran los verdaderamente delegados de las iglesias en América Latina y el Caribe. Los invitados, en número de 81, eran obispos, presbíteros, diáconos permanentes, religiosos y religiosas,

¹⁰ Cf. J. Botero Restrepo, *Apuntes para una crónica de sus 25 años*. Bogotá, Centro de Publicaciones del CELAM, 1980, págs. 12-47.

¹¹ *Ibid.*, págs. 115-117.

¹² *Ibid.*, págs. 126-132.

¹³ *Ibid.*, págs. 122s.; 155-167.

¹⁴ Para una visión más completa del contexto de Aparecida, remito a otros de mis trabajos: A. Brighenti, "Documento de Aparecida. O contexto do texto", en: REB 268, págs. 772-800; *Para compreender o Documento de Aparecida. O pré-texto, o con-texto e o texto*. São Paulo, Paulus, 2008; "Crónica del desarrollo de la V Conferencia", en: AA. VV. *Aparecida. Renacer de una esperanza*, op. cit., págs. 25-34.

¹⁵ Cf. P. Ribeiro de Oliveira, "A Igreja que se encontrou em Aparecida", op. cit., págs. 805s.

¹⁶ Cf. J. B. Libânio, "Conferência de Aparecida", en: REB 268, págs. 816-842, aquí, págs. 817s.

así como laicos representantes de movimientos y otros organismos. Los observadores, en número de 8, eran representantes de otras iglesias o denominaciones religiosas. Los peritos, en número de 15, eran teólogos que colaboraron en la reflexión y en la redacción del Documento. Cabe registrar la presencia, entre miembros e invitados, de 17 miembros de la Curia Romana.

Expresión de casi tres décadas de involución eclesial, que pasa también por los criterios de elección de los nuevos obispos, en la Asamblea de Aparecida fueron explícitas las tensiones entre tendencias eclesiológicas, diagnósticos de la realidad y opciones pastorales distintas: entre laicos de movimientos y laicos de las pastorales y de las CEB; entre religiosos y miembros de las nuevas comunidades de vida; entre antifeministas y defensores de una Iglesia ministerial, que incluya asimismo a las mujeres; entre guardianes de la vida en el ámbito más restringido (vida intrauterina y eutanasia) y defensores de la vida en sentido amplio, desde el nacimiento a la muerte, incluida la pobreza y la naturaleza; entre agentes de una acción evangelizadora limitada al ámbito espiritual y religioso y quienes incluyen hasta la ecología y la cuestión de la Amazonia; entre obispos de movimientos y obispos sensibles a una Iglesia autóctona; entre obispos eurocentristas y obispos defensores de la tradición latinoamericana y caribeña; entre los que parten de principios generales y los que parten de la realidad; etc. Según el testimonio de algunos obispos, ciertas posiciones en los grupos y las sesiones plenarios daban la impresión de que el Vaticano II había acabado. En la realidad, gran parte de los peritos presentes, ligados a determinados movimientos, se alineaban con perspectivas teológicas que se distancian del Concilio y de la tradición latinoamericana y caribeña.

La Asamblea, sin embargo, era mucho menos conservadora de lo que se esperaba, consiguiendo rescatar el Vaticano II y la tradición latinoamericana y caribeña, así como dar nuevas respuestas a nuevos desafíos. El Documento Original, tal como ocurrió con Puebla y Santo Domingo, fue censurado por algunos miembros de la Curia Romana ¹⁷.

3. Medellín-Aparecida: los textos

Aparecida rescata y reafirma la tradición latinoamericana y caribeña inaugurada por Medellín y, en su

¹⁷ J. O. Beozzo, "Aparecida à luz das Conferências do Rio, Medellín, Puebla e Santo Domingo", *op. cit.*, págs. 39-48.

espíritu, avanza en la respuesta a los nuevos retos de nuestro tiempo. Ambas conferencias están en estrecha continuidad con el Vaticano II, sacando consecuencias y desarrollando sus intuiciones y ejes fundamentales en nuestro contexto. Pero Aparecida significa, sobre todo, el rescate de Medellín ¹⁸.

Este rescate y la interdependencia de las dos conferencias pueden demostrarse por la evocación de algunos temas centrales de sus respectivos documentos que, por su parte, remiten al Concilio Vaticano II. En este sentido, si Medellín hizo una "recepción creativa" del Vaticano II, Aparecida significa un paso adelante en la renovación conciliar y en la tradición latinoamericana y caribeña. Veamos los principales temas que establecen esta interdependencia.

3.1. Iglesia comunión, CEB y renovación de la parroquia

Superando el binomio clero-laicos, el Vaticano II concibió la Iglesia como la comunidad de los bautizados, en la comunión de la radical igualdad en dignidad de todos los ministerios. No hay dos géneros de cristianos, sino uno solo, en una comunidad toda ella ministerial. Sacando consecuencias de esta nueva postura, para Medellín, la comunión eclesial, real y palpable, acontece en las CEB (Med 7,4), célula inicial de la estructuración eclesial, foco de evangelización (Med 15,10). Se trata de comunidades de tamaño humano, ambientales, insertas en la sociedad, en una perspectiva profética y transformadora.

Aparecida reafirma las CEB, asumiendo las dos categorías de Medellín: como célula inicial de la estructuración eclesial y foco de evangelización (DA 178). Dice que ellas demuestran su compromiso evangelizador entre los más sencillos y **apartados, expresión visible** de la opción preferencial por los pobres (DA 179). Para una Iglesia comunidad de comunidades, urge la sectorización de la parroquia en unidades territoriales menores y, dentro de los sectores, crear comunidades de familias, animadas y coordinadas por equipos de laicos (DA 372) ¹⁹.

¹⁸ Cf. P. Ribeiro de Oliveira, "A Igreja que se encontrou em Aparecida", *op. cit.*, págs. 806-811; J. B. Libânio, "Conferência de Aparecida", *op. cit.*, págs. 821-842; J. Comblin, "O papel histórico de Aparecida", en: *REB* 268, págs. 865-885.

¹⁹ Cf. R. Oliveros, "Igreja particular, paróquia e CEBs em Aparecida", en: AA. VV., *V Conferência de Aparecida. Renascer de uma esperança*, *op. cit.*, págs. 183-193; V. Codina, "A eclesiologia de Aparecida", en: AA. VV., *V Conferência de Aparecida. Renascer de uma esperança*, *op. cit.*, págs. 138-145.

3.2. Pastoral de conservación, evangelización y misión

Para Medellín, con el Vaticano II, si la comunidad de los bautizados, en todos sus miembros, es el sujeto eclesial, entonces es también la comunidad, como un todo, el sujeto de la acción evangelizadora (Med 6,13; 9,6). Por eso, es preciso pasar de una pastoral de conservación, basada en la sacramentalización, hacia una acción con énfasis en la evangelización (Med 6,1; 6,8). Pasar de la parroquia tradicional, una estructura centralizadora y clerical, a comunidades de servicio en el seno de la sociedad, de forma propositiva y transformadora (Med 7,13).

Para Aparecida, la Iglesia como un todo requiere estar en estado permanente de misión, de modo que “cada comunidad sea un poderoso centro irradiador de la vida en Cristo” (DA 362). Con Medellín, afirma la necesidad urgente de pasar de una pastoral de conservación a una decididamente misionera (DA 370). Para eso, hay dos implicaciones: la conversión pastoral (DA 365) y una renovación eclesial (DA 367). La primera dice respecto a un cambio en las acciones, pues hay nuevas preguntas que exigen nuevas respuestas; la segunda se refiere a un cambio en las estructuras, pues nuevas acciones, vino nuevo, exigen odres nuevos, so pena de ahogar lo nuevo.

3.3. Iglesia de los pobres, Iglesia pobre y martirio

El Vaticano II clama por “una Iglesia de los pobres para ser la Iglesia de todos”. Para Medellín, no basta una Iglesia de los pobres. La acción evangelizadora, en cuanto testimonio de Jesús, “quien siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza”, pasa por la visibilidad de una Iglesia pobre. Es imposible evangelizar sin dar testimonio, mucho menos estar con los pobres sin solidarizarse con su situación, haciéndose uno con ellos (Med 14,7).

Para Aparecida, en la misma perspectiva, nuestro tiempo y contexto de exclusión exigen una Iglesia samaritana, porque ella no puede ser ajena a los grandes sufrimientos padecidos por la mayoría de nuestra gente, que con frecuencia son pobreza escondidas (DA 176). La Iglesia en América Latina y el Caribe necesita continuar siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, inclusive hasta el martirio (DA 396)²⁰. Ella está convocada a ser “abogada de la justicia y defensora de los pobres”, frente a las intolerables desigualdades que claman a los cielos (DA 395).

²⁰ Cf. G. Gutiérrez, “Aparecida: a opção preferencial pelo pobre”, *op. cit.*, págs. 123-137.

3.4. Del pobre objeto de caridad al pobre sujeto de su liberación

El Vaticano II, rompiendo con una fe metafísica y abstracta, habla de Dios a partir del ser humano y busca servirlo, sirviendo al ser humano. En la acción evangelizadora, por tanto, opta por el ser humano. Medellín, dada la situación de exclusión tan escandalosa a los ojos de la fe en nuestro continente y la predilección de Dios por los excluidos, opta antes por los pobres (Med 14,9). Nos desafía sobremanera la situación de “no-hombre”. La opción por los pobres, con todo, significa hacer del pobre no un objeto de caridad, sino sujeto de su propia liberación, enseñándole a ayudarse a sí mismo (Med 14,10).

Aparecida ratifica y potencia la opción por los pobres, puesto que, apoyándose en el Discurso Inaugural de Benedicto XVI, ella “radica en la fe cristológica” (DA 392)²¹. Ahora bien, para que sea preferencial requiere atravesar todas las estructuras y prioridades pastorales (DA 397). “Preferencial” no es mera “prioridad”. Es antes una óptica desde la cual se va a todos en la perspectiva de los pobres. Por eso, advierte, evítese toda actitud paternalista (DA 397), procurando, a partir de los pobres, el cambio de su situación, ya que ellos son sujetos de la evangelización y de la promoción humana integral (DA 399). Eso solamente será posible si en cada Iglesia Local es fortalecida una pastoral social estructurada, orgánica e integral, para que todo proceso evangelizador promueva la auténtica liberación (DA 401)²².

3.5. Opción por el sujeto social —el pobre— y por su lugar social

El Vaticano II llamó a la Iglesia a insertarse en el mundo dado que, aunque ella no sea de este mundo, está en el mundo y existe para este. Pero Medellín se preguntará: ¿insertarse dentro de qué mundo? ¿Del mundo de la minoría de los incluidos o de la mayoría de los excluidos? En consecuencia, la opción por el sujeto social —el pobre— implica igualmente la opción por su lugar social. La evangelización, en cuanto anuncio encarnado, necesita del soporte de una Iglesia signo, que comparta la vida de los pobres (Med 14, 15) y sea una presencia profética y transformadora (Med 7,13).

Para Aparecida, la opción por el sujeto social —el pobre— y su lugar social, hace de los cristianos también agentes de la creación de estructuras que consoliden

²¹ *Ibid.*, págs. 127s.

²² Cf. S. Torres, “A Pastoral Social em Aparecida”, en: AA. VV., *V Conferência de Aparecida. Renascer de uma esperança, op. cit.*, págs. 241-254.

un orden social, económico y político inclusivo de todos (DA 406). La Iglesia tiene la responsabilidad de formar cristianos y de sensibilizarlos respecto de las grandes cuestiones de la justicia internacional (DA 384). Constata que si muchas estructuras actuales generan pobreza, esto en parte se debe a la falta de fidelidad a compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales (DA 501).

3.6. Evangelización, promoción humana y conversión de las estructuras

El Vaticano II superó todo dualismo entre materia-espíritu, cuerpo-alma, sagrado-profano, historia y metahistoria. Para Medellín, por tanto, como no existen dos historias sino una única historia de salvación que acontece en la historia profana, la obra de la salvación es una acción de liberación integral y de promoción humana (Med 2,14,a; 7,9; 7,13; 8,4; 8,6; 11,5). Toda liberación es ya una anticipación de la plena redención en Cristo (Med 4,9). La misión evangelizadora abarca además las estructuras: "no tendremos un continente nuevo, sin nuevas y renovadas estructuras" (Med 1,3; 1,5).

En esta línea, para Aparecida, la promoción de la vida plena en Cristo en la perspectiva del Reino, nos lleva a asumir tareas prioritarias que contribuyan a la dignificación de todos los seres humanos, no solo de los cristianos. Por consiguiente, necesidades urgentes nos llevan a colaborar con otras personas, organismos o instituciones para crear estructuras más justas, en el ámbito nacional e internacional (DA 384). Un buen cristiano es un buen ciudadano, ciudadano universal, promotor de una sociedad justa y solidaria para todos, expresión de la dimensión inmanente del Reino de Dios.

3.7. Diakonía histórica, profetismo y martirio

Para el Vaticano II, la Iglesia necesita ejercer una diakonía histórica, o sea, un servicio en el mundo que contribuya con el progreso y el desarrollo humano y social. Medellín, por su parte, en su opción por los pobres y su lugar social, hace de la diakonía un servicio profético. Afirma que la misión evangelizadora se concretizará en la denuncia de la injusticia y la opresión, lo que constituirá un signo de contradicción para los

opresores (Med 14,10). Por ende, advierte y anima que el servicio profético puede llevar al martirio, expresión de la fidelidad a la opción por los pobres.

Para Aparecida, el empeño de la Iglesia en América Latina y el Caribe en favor de los pobres resultó en persecución y muerte de muchos, que consideramos testigos de la fe, nuestros santos y santas, aunque no canonizados (DA 98). En este particular constata que en nuestra experiencia eclesial las CEB han sido verdaderas escuelas de formación de cristianos comprometidos con su fe, testimonios de entrega generosa, incluso derramando la sangre de muchos de sus miembros (DA 178). En nombre de la fe dieron la vida para que otros tuviesen vida; fueron consecuentes con las exigencias históricas del mensaje evangélico.

Concluyendo

La renovación del Vaticano II pasa por la osadía de Medellín y la determinación y el coraje de Aparecida. Las dos conferencias, aunque separadas por cuarenta años, comprueban, con Juan Pablo II, que el Concilio fue "un advenimiento para el tercer milenio". Medellín recibe el Vaticano II y Aparecida, rescatando Medellín en un contexto de involución eclesial y de descalificación de la tradición latinoamericana y caribeña, trae nuevamente el Concilio al orden del día. Es bueno oír de los obispos de nuestro subcontinente que falta empeño, coraje y audacia para llevar adelante la reforma conciliar.

Luego, en la huella del Concilio, el espíritu y las opciones de Medellín, lejos de verse superados, fueron rescatados y reimpulsados por Aparecida, que a pesar de insertarse en un contexto de sobrevaloración de la cristiandad, pasó la página hacia adelante. En este sentido, es cierto que el principal avance de Aparecida fue haber evitado un retroceso. No pasó todas las páginas que esperábamos y serían necesarias para responder a los grandes desafíos del momento, pero sí las suficientes para hacer a la Iglesia latinoamericana y caribeña seguir desplegando su genuina tradición, misma que le confiere en su propio contexto, cada vez más, un rostro y una palabra propios. ■

Traducción: Guillermo Meléndez